

Antología_Arcos en las letras hispánicas

RECOPIACIÓN Y SELECCIÓN



Antonio Murciano



Carlos Murciano

A UN SOLO PASO

ESTACIÓN TERMINAL

Caminas por las regiones
donde los pasos encuentran
el mundo que restituye
sueños que nunca tuviste.
Te has asomado a la sima
de las preguntas de hielo,
del rostro, que se desliza,
que es vagabundo y viaja,
por los desiertos de piedra
en los que no hay nada escrito.
Te vuelves hacia el silencio,
donde perduran las huellas
de voces deshabitadas
a las que nadie contesta.
Es el viaje continuo,
el tiempo que se diluye,
una llamada en el muro,
una respuesta de sombra.
Nadie te espera al final
de la habitación vacía.

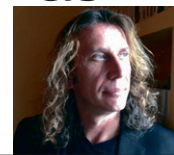
JOSÉ MARÍA VELÁZQUEZ-GAZTELU

(Inédito)

Notas de un lector

El corazón por las palabras

Jorge de Arco



Que David Hume quien apostillase que “toda conciencia termina por intuir que la realidad se sostiene sobre una trama inestable, apenas fijada por la percepción y por la memoria”. Para el filósofo escocés, ese era el umbral idóneo para mejor explorar la experiencia del tiempo con una sensibilidad atenta a lo esencial.

Y, también, desde esa misma premisa, pareciera alzarse el nuevo poemario de José María Velázquez-Gaztelu, “A un solo paso” (Reino de Cordelia. Madrid, 2026). Porque, en esta quinta entrega, el escritor gaditano propone un descenso hacia los estratos más hondos de la existencia humana, allí donde la palabra adquiere una función reveladora y abre un espacio de conocimiento interior.

Son treinta y tres poemas que convergen, pues, en torno a la fugacidad de la vida y a la huella que dejan sus deshoras. La conciencia del instante aparece atravesada por una percepción de tránsito irreversible. Y, en esa amplitud, el verbo se convierte en un instrumento de exploración iluminadora de aquello que permanece oculto bajo la superficie de lo cotidiano.

El discurrir temporal adquiere una densidad particular, sostenido por una representación que oscila entre permanencia y disolución y orientada hacia una lucidez que cala sin estridencias: “La vida que se evapora entre las manos perplejas/ es la extinción del camino que no permite el regreso,/ el latido de un momento que hacia el fin se desvanece”. Una escritura, sí, convertida en tentativa de aprehender lo que se escapa, un gesto de atención frente a la inestabilidad de lo vivido.

En este marco, la acordanza surge como territorio de reconstrucción, ámbito donde cada huella se reconfigura bajo la mirada del presente. Ninguna certeza se impone de manera definitiva; todo se somete a un proceso de decantación que desvela la condición moviediza de la identidad: “El espejo, que no te reconoce, se niega a percibir/ la vida que proclaman los amantes/ los cuerpos que declaran su esplendor”.

A su vez, la magnitud onírica atraviesa el conjunto y aporta una vía de acceso a zonas menos visibles de lo empírico. Ya desde la cita que abre el conjunto, “Los sueños te llevan a un espacio/ donde la vida empezó”, se adivina una inclinación hacia lo oculto, hacia aquello que permanece en los márgenes de la vigilia: “Camina despacio el corazón por las palabras (...) Acudo a la llamada de las sombras/ que pueblan los espacios en los que habito”.

También, la reflexión sobre el fin se integra con naturalidad en este lírico y lúcido recorrido: “Duerme la muerte junto a los restos callados/ de la eternidad”; y, esa misma cercanía, introduce una quietud reflexiva que envuelve el volumen. Ninguna ruptura violenta, ninguna estridencia; tan solo una coexistencia que invita a una mirada atenta, capaz de sostener la tensión entre lo percedero y lo que aspira a perdurar.

El poema que sirve como coda, “Desde lejos”, culmina así una escritura homogénea y candente, que invita a demorarse en la intuición, en el temblor del pensamiento y a entreabrir un ámbito de recogimiento donde la sensibilidad se afina, se expande y se inquiere: “Ahora que tu mano invisible avanza/ hacia mi rostro ciego,/ ¿cuánto queda de aquello/ que quizás/nunca existió?”.

